

El ruido de un trueno

Ray Bradbury

El silencio de la ciudad parecía hundirse hasta una
profundidad silenciosa de agua oscura. El ruido del
trueno era un sonido que se escuchaba en el silencio
de la noche.

EL RUIDO DE UN TRUENO

RAY BRADBURY

DEL PASADO

CON UN PREFACIO DE

ANTONIO MUÑOZ GARCÍA

ALFONSO MARTÍN

Este libro es una colección de cuentos que
tratan de la vida en una ciudad que
ha sido olvidada por el tiempo. Los
personajes son seres que viven en un
mundo que ha perdido su sentido y
su propósito. El ruido del trueno es
un sonido que se escucha en el silencio
de la noche.

Este libro es una colección de cuentos que
tratan de la vida en una ciudad que
ha sido olvidada por el tiempo. Los
personajes son seres que viven en un
mundo que ha perdido su sentido y
su propósito. El ruido del trueno es
un sonido que se escucha en el silencio
de la noche.

El letrero de la pared parecía temblar bajo una deslizante película de agua caliente. Eckels sintió sus ojos parpadear, y el letrero ardió en esta momentánea oscuridad.

SAFARI EN EL TIEMPO, S. A.

SAFARIS A CUALQUIER AÑO

DEL PASADO

USTED ELIGE EL ANIMAL

NOSOTROS LO LLEVAMOS ALLÍ

USTED LO MATA

Una flema tibia se formó en la garganta de Eckels; tragó saliva y la empujó hacia abajo. Los músculos de su boca formaron una sonrisa mientras alzaba lentamente la mano, y en ésta ondeó un cheque de diez mil dólares ante el hombre del escritorio.

—¿Este safari garantiza que yo regrese vivo?

—No garantizamos nada —dijo el oficial—, excepto los dinosaurios. —Se volvió—. Éste es el señor Travis, su guía de Safari en el Pasado. Él le dirá

a qué debe disparar y en qué momento. Si le dice que no debe disparar, no dispare. Si desobedece sus instrucciones, hay una severa multa de otros diez mil dólares, además de una posible acción del gobierno a su regreso.

Eckels vio en el otro extremo de la vasta oficina la confusa maraña zumbante de cables y cajas de acero, y la aurora ya anaranjada, ya plateada, ya azul. Había un sonido como de una gigantesca hoguera donde ardía el tiempo; todos los años y todos los calendarios de pergamino, todas las horas apiladas en llamas.

El roce de una mano, y este fuego se volvería, maravillosamente y en un instante, sobre sí mismo. Eckels recordó las palabras de los anuncios en la carta. De las brasas y cenizas, del polvo y los carbones, como doradas salamandras, saltarán los viejos años, los verdes años; las rosas endulzarán el aire, las canas se volverán negro ébano, las arrugas se desvanecerán; todo será de nuevo semilla, huirá de la muerte, retornará a sus principios; los soles se elevarán en los cielos de occidente y se ocultarán en orientes gloriosos, las lunas se devorarán a sí mismas, todas las cosas se meterán unas en otras como cajas chinas, los conejos entrarán en los sombreros, todo volverá a la fresca muerte, la muerte de la semilla, la muerte verde, al tiempo anterior al principio. Bastará el roce de una mano, el más leve roce de una mano.

—¡Increíble! —murmuró Eckels con la luz de la máquina iluminando su delgado rostro—. Una verdadera máquina del tiempo. —Sacudió la cabeza—. Te hace pensar. Si las elecciones hubieran

ido mal ayer, yo quizá estaría aquí huyendo de los resultados. Gracias a Dios ganó Keith. Será un buen presidente de los Estados Unidos.

—Sí —dijo el hombre detrás del escritorio. —Tenemos suerte. Si Deutscher hubiese ganado, tendríamos la peor de las dictaduras. Es el antitodo; militarista, anticristo, antihumano, antiintelectual. La gente nos llamó, ya sabe, y entre broma y broma decían que si Deutscher se convertía en presidente querían ir a vivir a 1492. Por supuesto, no nos ocupamos de organizar evasiones, sino safaris. De todos modos, el presidente es Keith. Ahora su única preocupación es...

Eckels terminó la frase:

—Matar mi dinosaurio.

—Un *Tyrannosaurus rex*. El Lagarto del Trueno, el más increíble monstruo de la historia. Firme este permiso. Si le pasa algo, no somos responsables. Esos dinosaurios son voraces.

Eckels enrojeció, enojado.

—¡Quiere asustarme!

—Francamente, sí. No queremos que vaya nadie que entre en pánico al primer tiro. El año pasado murieron seis jefes de safaris y una docena de cazadores. Estamos aquí para darle la mayor emoción que un cazador pueda pretender. Lo enviaremos sesenta millones de años atrás para que disfrute de la mejor cacería de todos los tiempos. Su cheque está todavía aquí. Rómpalo.

El señor Eckels miró el cheque. Se le crispaban los dedos.

—Buena suerte —dijo el hombre detrás del escritorio—. Señor Travis, es todo suyo.

Cruzaron el salón silenciosamente, llevando sus armas con ellos, hacia la máquina, hacia el metal plateado y la luz atronadora.

Primero un día y luego una noche y luego un día y luego una noche, y luego día-noche-día-noche-día. ¡Una semana, un mes, un año, una década! 2055, 2019. ¡1999! ¡1957! ¡Desaparecieron! La máquina rugió.

Se pusieron los cascos de oxígeno y probaron los intercomunicadores.

Eckels se balanceaba en el acojinado asiento, con el rostro pálido y la mandíbula tensa. Sintió un temblor en los brazos, bajó los ojos y vio que sus manos apretaban el rifle. Había otros cuatro hombres en la máquina. Travis, el jefe del safari, Lesperance, su asistente, y otros dos cazadores, Billings y Kramer. Se miraron unos a otros y los años centellearon a su alrededor.

—¿Pueden estos rifles matar a un dinosaurio? —se oyó decir a Eckels.

—Si da usted en el sitio preciso —dijo Travis por la radio del casco. —Algunos dinosaurios tienen dos cerebros, uno en la cabeza y otro en la columna vertebral. Nos mantenemos alejados de éstos. Sería tentar a la suerte. Tire las primeras dos veces a los ojos, si puede, cegándolo, y luego dispare al cerebro.

La máquina aulló. El tiempo era una película que corría hacia atrás. Pasaron soles, y luego diez millones de lunas huyeron tras ellos.

—Imagínese —dijo Eckels—. Los cazadores de todos los tiempos nos envidiarían hoy. Al lado de esto, África parece Illinois.

La máquina disminuyó la velocidad; su grito se convirtió en un susurro. La máquina se detuvo.

El sol se detuvo en el cielo.

La niebla que había envuelto a la máquina se desvaneció, y allí se encontraban ellos, en un tiempo viejo, un tiempo muy viejo en verdad, tres cazadores y dos jefes del safari con sus metálicos rifles azules sobre las rodillas.

—Cristo no ha nacido aún —dijo Travis—. Moisés no ha subido a la montaña a hablar con Dios. Las pirámides están esperando ser construidas. Recuerde que Alejandro, César, Napoleón, Hitler... ninguno de ellos existe.

Los hombres asintieron.

—Eso —señaló el señor Travis— es la jungla de sesenta millones dos mil cincuenta y cinco años antes del presidente Keith.

Les mostró un sendero de metal que se perdía en la verde selva, sobre una sucesión de pantanos, entre palmeras y helechos gigantes.

—Y eso —dijo— es el sendero, instalado por Safari en el Tiempo para su uso. Flota a diez centímetros del suelo. No toca ni siquiera una brizna, una flor o un árbol. Es de un metal antigravitatorio. El propósito del sendero es impedir que toquen este mundo del pasado. No se salgan del sendero. Repito. *No se salgan*. ¡Por ningún motivo! Si se caen del sendero hay una multa. Y no tiren contra ningún animal que nosotros no aprobemos.

—¿Por qué? —preguntó Eckels.

Estaban en la antigua selva. Unos pájaros lejanos gritaban en el viento, y había un olor de alquitrán y de viejo mar salado, hierbas húmedas y flores del color de la sangre.

—No queremos cambiar el futuro. Nosotros no pertenecemos a este mundo del pasado. Al gobierno *no le gusta* que estemos aquí. Tenemos que pagarles mucho dinero para conservar nuestras franquicias. Una máquina del tiempo es un asunto delicado. Podemos matar, sin darnos cuenta, un animal importante, un pajarito, una cucaracha, incluso una flor, y así destruir un eslabón fundamental en la evolución de las especies.

—No me queda muy claro —dijo Eckels.

—Muy bien —continuó Travis—, digamos que accidentalmente matamos aquí un ratón. Eso significa destruir todas las futuras familias de este ratón en particular, ¿entiende?

—Entiendo.

—¡Y todas las familias de las familias de ese único ratón! Con un pisotón aniquila usted primero uno, luego una docena, luego mil, un millón, ¡un billón de posibles ratones!

—Bueno, se mueren ¿y qué? —dijo Eckels.

—¿Y qué? —gruñó Travis—. Bueno, ¿qué pasa con los zorros que necesitarán esos ratones para sobrevivir? Por falta de diez ratones muere un zorro. Por falta de diez zorros, un león muere de hambre. Por falta de un león, todo tipo de insectos, buitres, infinitos billones de formas de vida son arrojadas al caos y la destrucción. Eventualmente todo se reduce a esto: cincuenta y nueve millones de años después, un cavernícola, uno de la única docena en *todo el mundo*, sale a cazar un jabalí o un tigre dientes de sable para alimentarse. Pero usted, amigo, ha *pisado* a todos los tigres de esa zona, al haber pisado *un* solo ratón. Así que el cavernario muere de hambre. Y el cavernario, no

lo olvide, no es desechable, ¡no! *Es toda una futura nación.* De él nacerán diez hijos. De ellos nacerán cien hijos, y así hasta formar una civilización. Destruya usted a este hombre, y destruye usted una raza, un pueblo, toda una historia de vida. Es como asesinar a uno de los nietos de Adán. Su pie sobre un ratón podría desencadenar un terremoto, y sus efectos sacudirían nuestra tierra y nuestros destinos a través del tiempo, hasta sus inicios. Con la muerte de ese cavernícola, un billón de hombres no nacidos son ahogados en el vientre. Quizás Roma nunca se erija sobre las siete colinas. Quizás Europa sea para siempre un oscuro bosque, y sólo Asia crezca saludable y prolífica. Pise un ratón y aplaste las pirámides. Pise un ratón y dejará su huella, como el Gran Cañón, en la eternidad. La reina Isabel quizá no nacerá nunca, Washington quizá no cruzará el Delaware, tal vez nunca habrá un país llamado Estados Unidos. Así que tenga cuidado. No se salga del sendero. ¡*Nunca* pise afuera!

—Ya veo —dijo Eckels—. Ni siquiera debemos tocar la hierba.

—Exacto. Aplastar ciertas plantas podría solamente sumar factores infinitesimales. Pero un pequeño error aquí se multiplicaría en sesenta millones de años hasta alcanzar proporciones extraordinarias. Por supuesto, quizás nuestra teoría esté equivocada. Quizás nosotros *no podamos* cambiar el tiempo. O quizás sólo pueda cambiarse de modos muy sutiles. Quizás un ratón muerto aquí provoque un desequilibrio entre los insectos de allá, después una desproporción en una población, una mala cosecha luego, una depresión, hambruna y,

finalmente, un cambio en la conducta social de lejanos países. Algo mucho más sutil. Quizás sólo un suave aliento, un murmullo, un cabello, polen en el aire, un cambio tan, tan leve que uno podría notarlo sólo observando muy de cerca. ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede realmente decir que lo sabe? Nosotros no. Sólo estamos adivinando. Pero mientras no sepamos con seguridad si nuestros viajes por el tiempo pueden terminar en un gran estruendo o en un imperceptible crujido en la historia, tenemos que tener mucho cuidado. Esta máquina, este sendero, sus cuerpos y sus ropas han sido esterilizados, como ya saben, antes del viaje. Llevamos estos cascos de oxígeno para no introducir nuestras bacterias en una antigua atmósfera.

—¿Cómo sabremos qué animales matar?

—Están marcados con pintura roja —dijo Travis—. Hoy, antes de nuestro viaje, enviamos aquí a Lesperance con la máquina. Vino a esta Era particular y siguió a ciertos animales.

—¿Para estudiarlos?

—Exacto —dijo Lesperance—. Los seguí a lo largo de toda su existencia, observando cuáles vivían por más tiempo. Muy pocos. Cuántas veces se acoplaban. Pocas. La vida es breve. Cuando encontraba alguno que iba a morir aplastado por un árbol, u otro que se ahogaba en un pozo de alquitrán, anotaba la hora exacta, el minuto y el segundo. Le arrojaba una bomba de pintura que le dejaba un parche rojo en el costado. No podemos equivocarnos. Luego mido nuestra llegada al pasado de manera que nos encontremos con el monstruo no más de dos minutos antes de su muerte. De este modo, sólo matamos animales sin futuro, que nun-

ca volverán a acoplarse. ¿Comprende lo *cuidadosos* que somos?

—Pero si ustedes vinieron esta mañana —dijo Eckels ansiosamente—, debían haberse encontrado con nosotros, con nuestro safari. ¿Qué ocurrió? ¿Tuvimos éxito? ¿Salimos todos... vivos?

Travis y Lesperance se miraron.

—Eso sería una paradoja —dijo Lesperance—. El tiempo no permite esas confusiones... cuando un hombre se encuentra consigo mismo. Si amenaza una situación así, el tiempo se hace a un lado. Como un avión que cae en una bolsa de aire. ¿Sintió usted ese salto de la máquina, poco antes de nuestra llegada? Estábamos cruzándonos con nosotros mismos que volvíamos al futuro. No vimos nada. No hay modo de saber si esta expedición tuvo éxito, si cazamos nuestro monstruo, o si todos nosotros —y quiero decir usted, señor Eckels— salimos con vida.

Eckels sonrió débilmente.

—Dejemos esto —dijo Travis bruscamente—. ¡Todos de pie!

Se prepararon a dejar la máquina.

La jungla era alta y la jungla era ancha y la jungla era todo el mundo para siempre y por siempre. Sonidos como música y sonidos como alfombras voladoras llenaban el cielo, los pterodáctilos que volaban con cavernosas alas grises, murciélagos gigantes nacidos del delirio y de una noche febril. Eckels, manteniendo el equilibrio en el estrecho sendero, apuntó con su rifle, bromeando.

—¡No haga eso! —dijo Travis—. ¡No apunte ni siquiera en broma, maldita sea! Si se le disparara el arma...

Eckels enrojeció.

—¿Dónde está nuestro *Tyrannosaurus*?

Lesperance miró su reloj de pulsera.

—Adelante. Nos cruzaremos con él en sesenta segundos. ¡Busque la pintura roja! No dispare hasta que se lo digamos. Quédese en el sendero. ¡Quédese en el sendero!

Siguieron caminando en el viento de la mañana.

—Qué raro —murmuró Eckels—. Allá adelante, a sesenta millones de años, ha pasado el día de las elecciones. Keith es presidente. Todos celebran. Y aquí, ellos no existen aún. Las cosas que nos preocuparon durante meses, toda una vida, no han nacido ni han sido pensadas todavía.

—¡Quiten el seguro, todos! —ordenó Travis—. Usted dispare primero, Eckels. Segundo, Billings. Tercero, Kramer.

—He cazado tigres, jabalíes, búfalos, elefantes, pero ahora, *esto* sí es cazar —dijo Eckels—. Estoy temblando como un niño.

—¡Ah! —dijo Travis.

Todos se detuvieron.

Travis alzó una mano.

—Ahí adelante —susurró—. En la niebla. Ahí está. Ahí está Su Alteza Real.

La jungla era inmensa y estaba llena de gorjeos, crujidos, murmullos y suspiros.

De pronto, todo cesó, como si alguien hubiese cerrado una puerta.

Silencio.

El ruido de un trueno.

De la niebla, a cien metros de distancia, salió el *Tyrannosaurus rex*.

—Es —murmuró Eckels—. Es...

—¡Cállese!

Venía a grandes trancos, sobre patas bien lubricadas y elásticas. Se alzaba diez metros por encima de la mitad de los árboles, un gran dios del mal, apretando las delicadas garras de relojero contra su oleoso pecho de reptil. Cada pata inferior era un pistón, quinientos kilos de hueso blanco, hundidos en gruesas cuerdas de músculos, envainados en una piel centelleante y áspera, como la cota de malla de un terrible guerrero. Cada muslo era una tonelada de carne, marfil y acero. Y de la gran caja de aire del torso colgaban los dos brazos delicados, brazos con manos que podían alzar y examinar a los hombres como juguetes, mientras el cuello de serpiente se enrollaba sobre sí mismo. Y la cabeza, una tonelada de piedra esculpida, se levantaba fácilmente hacia el cielo. En la boca entreabierta exhibía una cerca de dientes como dagas. Los ojos giraban en las órbitas, como huevos de avestruz que nada expresaban, excepto hambre. Cerraba la boca en una mueca mortuoria. Corría, y los huesos de su pelvis tiraban árboles y arbustos, y sus pies se hundían en la tierra dejando huellas de quince centímetros de profundidad. Corría como si diese unos escurridizos pasos de ballet, demasiado erecto y en equilibrio para sus diez toneladas. Entró fatigadamente en el área soleada, y sus hermosas manos de reptil tantearon el aire.

—¡Dios mío! —Eckels torció la boca—. Podría levantarse y alcanzar la luna.

—¡Cállese! —atajó bruscamente Travis—. Todavía no nos ha visto.

—No podemos matarlo. —Eckels emitió serenamente este veredicto, como si fuese indiscutible. Había sopesado la evidencia y ésta era su decisión. El arma en sus manos parecía un rifle de aire.

—Hemos sido unos locos. Esto es imposible.

—¡Cállese! —siseó Travis.

—Una pesadilla.

—Vúelvase —ordenó Travis—. Camine tranquilamente hasta la máquina. Le devolveremos la mitad de su dinero.

—No imaginé que sería tan *grande* —dijo Eckels—. Calculé mal. Eso es todo. Y ahora quiero irme.

—¡Ya nos vio!

—¡Ahí está la pintura roja en su pecho!

El Lagarto Tirano se levantó. Su piel acorazada brilló como mil monedas verdes. Las monedas, con costras de lama, humeaban. En la lama se movían diminutos insectos, de modo que todo el cuerpo parecía retorcerse y ondular, aun cuando el monstruo no se moviera. Resopló. Un hedor de carne cruda cruzó la jungla.

—Sáquenme de aquí —dijo Eckels—. Nunca antes fue como ahora. Siempre supe que saldría vivo. Tuve buenos guías, buenos safaris y seguridad. Esta vez me he equivocado. Me he encontrado con mi igual, y lo admito. Esto es demasiado para mí.

—No corra —dijo Lesperance—. Sólo vuélvase. Ocúltese en la máquina.

—Sí—. Eckels se veía aturdido. Se miró los pies como si tratara de hacerlos moverse. Lanzó un gruñido de impotencia.

—¡Eckels!

Eckels dio unos cuantos pasos, parpadeando, arrastrando los pies.

—¡Por allí no!

El monstruo, al advertir un movimiento, se lanzó hacia adelante con un rugido terrible. Cubrió cien metros en cuatro segundos. Los rifles se alzaron y escupieron fuego. De la boca del monstruo salió un torbellino que los envolvió con un olor de lama y sangre vieja. El monstruo rugió, y de nuevo sus dientes brillaron al sol.

Sin mirar atrás, Eckels caminó ciegamente hasta el borde del sendero, con el rifle colgándole de los brazos. Salió del sendero y caminó, sin saberlo, por la jungla. Sus pies se hundieron en un musgo verde. Lo llevaban las piernas, y se sintió solo y alejado de lo que ocurría atrás.

Los rifles dispararon otra vez. Su sonido se perdió en chillidos y truenos de lagarto. La gran palanca de la cola del reptil se alzó y se sacudió. Los árboles estallaron en nubes de hojas y ramas. El monstruo retorció sus manos de joyero y las bajó como para acariciar a los hombres, para partirlos en dos, aplastarlos como cerezas, meterlos entre sus dientes y en su rugiente garganta. Sus ojos de guijarro bajaron a la altura de los hombres. Ellos vieron sus imágenes reflejadas. Dispararon sus armas contra las pestañas metálicas y los centelleantes iris negros.

Como un ídolo de piedra, como una avalancha en una montaña, *Tyrannosaurus* cayó. Con un trueno, se abrazó a unos árboles y los arrastró en su caída. Torció y quebró el sendero de metal. Los hombres retrocedieron y se alejaron. El cuerpo

golpeó el suelo, diez toneladas de piedra y carne frías. Los rifles dispararon. El monstruo azotó el aire con su cola acorazada, retorció sus mandíbulas de serpiente, y no se movió más. Una fuente de sangre le brotó de la garganta. Adentro, en algún lugar, estalló un saco de fluidos. Unas bocanadas nauseabundas empaparon a los cazadores. Los hombres se quedaron mirándolo, rojos y resplandecientes.

El trueno se apagó.

La jungla estaba en silencio. Luego de la avalancha, una verde paz. Luego de la pesadilla, la mañana.

Billings y Kramer se sentaron en el sendero y vomitaron. Travis y Lesperance, de pie, sosteniendo aún los rifles humeantes, maldecían continuamente.

En la máquina del tiempo, Eckels yacía tembloroso boca abajo. Había encontrado el camino de vuelta al sendero y había subido a la máquina.

Travis se acercó, lanzó una mirada a Eckels, sacó unos trozos de algodón de una caja metálica y volvió junto a los otros, sentados en el sendero.

—Límpiense.

Limpiaron la sangre de los cascos, comenzaron a maldecir también. El monstruo yacía como una colina de carne sólida. En su interior uno podía oír los suspiros y murmullos mientras sus cámaras más recónditas morían, y los órganos dejaban de funcionar y los líquidos corrían un último instante de un receptáculo a un saco, al bazo, y todo se clausuraba para siempre. Era como estar junto a una locomotora chocada o una excavadora de vapor al final del día, cuando todas las válvulas se abren o se cierran herméticamente. Los huesos crujían.

La propia carne, el tonelaje de su carne, peso muerto ya sin equilibrio, estalló sobre los delicados antebrazos atrapados debajo. La carne se asentó, estremeciéndose.

Otro crujido. Arriba, la gigantesca rama de un árbol se rompió y cayó. Golpeó a la bestia muerta como un acto final.

—Ahí está —Lesperance miró su reloj—. Justo a tiempo. Ése es el árbol gigantesco que originalmente debía caer y matar a este animal. —Miró a los dos cazadores—. ¿Quieren la fotografía de trofeo?

—¿Qué?

—No podemos llevar un trofeo al futuro. El cuerpo tiene que permanecer aquí donde habría muerto originalmente, de manera que los insectos, pájaros y bacterias puedan vivir de él, como estaba previsto. Todo debe mantener su equilibrio. Dejaremos el cuerpo, pero *podemos* llevar una foto con ustedes al lado del magnífico animal.

Los dos hombres intentaron pensar, pero al fin se rindieron y sacudieron la cabeza.

Se dejaron conducir por el sendero de metal. Se hundieron cansadamente en los almohadones de la máquina. Miraron de nuevo al monstruo caído, un montículo estático, donde unos extraños reptiles voladores y unos insectos dorados trabajaban ya sobre la vaporosa coraza.

Un sonido en el piso de la máquina del tiempo los paralizó. Eckels estaba allí, temblando.

—Lo siento —dijo al fin.

—¡Levántese! —gritó Travis.

Eckels se levantó.

—¡Vaya por ese sendero, solo! —dijo Travis, apuntando con el rifle—. No volverá a la máquina. ¡Lo dejaremos aquí!

Lesperance tomó a Travis por el brazo.

—Espera...

—¡No te metas en esto! —Travis se sacudió apartando la mano—. Este tonto casi nos mata. Pero *eso* no es suficiente. No. ¡Son sus *zapatos*! ¡Míralos! Salió del sendero. ¡Estamos arruinados! Nos van a multar. ¡Miles de dólares de seguro! Garantizamos que nadie abandonaría el sendero. Y él lo hizo. ¡El muy tonto! Tendré que informar al gobierno. Pueden hasta quitarnos la licencia para viajar. ¡Quién sabe lo que le ha hecho al tiempo, a la Historia!

—Cálmate. Sólo pisó un poco de barro.

—¿Cómo podemos *saberlo*? —gritó Travis—. ¡No sabemos nada! ¡Es un misterio! ¡Fuera de aquí, Eckels!

Eckels buscó en su chaqueta.

—Pagaré lo que sea. ¡Cien mil dólares!

Travis miró enojado la chequera de Eckels y escupió.

—Vaya para allá. El monstruo está junto al sendero. Métale sus brazos hasta los codos en la boca. Luego podrá volver con nosotros.

—¡Eso no tiene sentido!

—El monstruo está muerto, idiota. ¡Las balas! No podemos dejar aquí las balas. No pertenecen al pasado, pueden cambiar algo. Tome mi cuchillo. ¡Extráigalas!

La jungla estaba viva otra vez, llena de los viejos temblores y los gritos de los pájaros. Eckels se volvió lentamente a mirar el primitivo depósito

de basura, la colina de pesadillas y terror. Luego de un rato, como un sonámbulo, se fue, arrastrando los pies.

Regresó temblando cinco minutos más tarde, con los brazos empapados y rojos hasta los codos. Extendió las manos. En cada una había un montón de balas. Luego cayó. Se quedó allí, en el suelo, sin moverse.

—No tenías que obligarlo a hacer eso.—dijo Lesperance.

—¿No? Es demasiado pronto para saberlo. —Travis tocó con el pie el cuerpo inmóvil—. Vivirá. La próxima vez no buscará cacerías como ésta. Muy bien.—Le hizo una fatigada seña a Lesperance—. Enciende. Volvamos a casa.

1492. 1776. 1812...

Se limpiaron las caras y las manos. Se cambiaron las sucias camisas y pantalones. Eckels se había levantado y se paseaba sin hablar. Travis lo miró furiosamente durante diez minutos.

—No me mire —gritó Eckels—. No hice nada.

—¿Quién puede decirlo?

—Salí del sendero, eso es todo, traje un poco de barro en los zapatos. ¿Qué quiere que haga? ¿Que me arrodille y rece?

—Quizá lo necesitamos. Se lo advierto, Eckels. Todavía puedo matarlo. Tengo listo mi rifle.

—Soy inocente. ¡No he hecho nada!

1999. 2000. 2055.

La Máquina se detuvo.

—Salga —dijo Travis.

El cuarto estaba tal y como lo habían dejado. El mismo hombre permanecía sentado detrás

del mismo escritorio, pero había algo diferente en el ambiente.

Travis miró a su alrededor rápidamente.

—¿Todo bien aquí? —estalló.

—Muy bien. ¡Bienvenidos a casa!

Travis no se relajó. Parecía estudiar hasta los átomos del aire, el modo en que entraba la luz del sol por la única y alta ventana.

—Muy bien, Eckels, puede salir. Y nunca vuelva.

Eckels no se podía mover.

—Ya me oyó —dijo Travis—. ¿Qué mira?

Eckels permanecía aspirando el aire, había algo en él, un tinte químico tan sutil, tan leve, que sólo el débil grito de sus refinados sentidos le advertía que estaba allí. Los colores, blanco, gris, azul, anaranjado, de las paredes, del mobiliario, del cielo más allá de la ventana, eran... eran... Y había una sensación. Se estremeció. Le temblaron las manos. Se quedó absorbiendo la rareza de aquel elemento con todos los poros de su cuerpo. En alguna parte alguien debía estar tocando uno de esos silbatos que sólo pueden oír los perros. Su cuerpo respondió con un grito silencioso. Más allá de este cuarto, más allá de esta pared, más allá de este hombre que no era exactamente el mismo hombre detrás del mismo escritorio... se extendía todo un mundo de calles y gente. No se podía saber qué clase de mundo era ahora. Podía sentir cómo se movían, más allá de los muros, casi, como piezas de ajedrez arrastradas por un viento seco...

Pero lo inmediato era el letrero pintado en la pared de la oficina, el mismo letrero que había leído ese mismo día al entrar allí por primera vez.

De algún modo el letrero había cambiado.

SEFARI EN LE TEIMPO, S. A.
SEFARIS A KUALKIER ANIO DEL PASAADO
USTE ELIJE EL ANIMALL
NOZOTROS LO LLEBAMOS
USTE LO MATTA

Eckels se sintió caer en una silla. Tanteó insensatamente el grueso barro de sus botas. Sacó un trozo, temblando.

—No, *no puede ser*. Algo *tan* pequeño. ¡No!

Hundida en el barro, brillante, verde, dorada y negra, había una bellísima mariposa muerta.

—¡No algo *tan* pequeño! ¡No una mariposa! —gritó Eckels.

Cayó al suelo, una cosa delicada, una cosa pequeña que podía destruir todos los equilibrios, derribando primero la línea de un pequeño dominó, y luego de un gran dominó, y después de un gigantesco dominó, a lo largo de los años, a través del tiempo. La mente de Eckels giró rápidamente. No *podía* cambiar las cosas. Matar una mariposa no podía ser *tan* importante. ¿O sí?

Tenía el rostro helado. Preguntó, los labios trémulos:

—¿Quién... quién ganó la elección presidencial ayer?

El hombre detrás del escritorio se rió.

—¿Está bromeando? Lo sabe muy bien. ¡Deutscher, por supuesto! ¿Quién más? No ese debilucho de Keith. Ahora tenemos un hombre de hierro, un hombre con agallas. —El oficial calló—. ¿Qué pasa?

Eckels gimió. Cayó de rodillas. Recogió la mariposa dorada con dedos temblorosos.

—¿No podríamos —se rogó a sí mismo, le rogó al mundo, a los oficiales, a la máquina—, no podríamos *llevarla* de vuelta, no podríamos *hacerla* vivir otra vez? ¿No podríamos empezar de nuevo? ¿No podríamos...?

No se movió. Con los ojos cerrados, esperó, estremeciéndose. Oyó que Travis gritaba; oyó que Travis preparaba su rifle, quitaba el seguro, y apuntaba.

Se escuchó el ruido de un trueno.